

III

CONCIENCIA CRISTIANA LATINOAMERICANA

Es necesario poder discernir lo que sea la conciencia, la autoconciencia latinoamericana, y la autoconciencia cristiana de Latinoamérica, para así vislumbrar un neo-humanismo configurado por las exigencias de nuestro presente dramático y revolucionario.

1. CONCIENCIA Y AUTOCONCIENCIA

Cuando hablamos de conciencia no nos referimos a la mera conciencia psicológica⁽⁴⁸⁾, ni a la conciencia individual⁽⁴⁹⁾, sino a la conciencia histórica y colectiva⁽⁵⁰⁾ que se ha dado en llamar intersubjetividad⁽⁵¹⁾. El hombre no es un espíritu ni un cuerpo, sino ambos indisoluble y substancialmente unificados. La relación de cuerpo a cuerpo —en el espacio— permite descubrir una subjetividad en el otro, una interioridad, que siendo recíproca y original constituye la conciencia interpersonal⁽⁵²⁾. Ampliando esta descripción, y ubicándonos en el plan socio-histórico podemos hablar de la Conciencia de un pueblo⁽⁵³⁾, del Espíritu de una nación, comunidad, sociedad. En

este sentido, la conciencia no se constituye en los hechos históricos, sino que, como nos decía Merleau-Ponty, son los hechos históricos los que existen para ella⁽⁵⁴⁾, siendo la conciencia el antecedente de todo hecho temporal. Esa conciencia, por un acto que le es propio, puede llegar a *tomar conciencia de sí misma* (autoconciencia)⁽⁵⁵⁾. En la historia de un hombre, y sobre todo de un pueblo⁽⁵⁶⁾ este momento es de suma importancia, porque marca como un salto cualitativo en la historia. La conciencia se opone a sí misma, se distancia de las cosas —de la cosidad⁽⁵⁷⁾— entre las cuales se encontraba alienada, perdida, como extranjera a sí misma, exteriorizada en los útiles sin tener dominio sobre ellos. Hay ciertos momentos en la vida, en la historia, momentos críticos, edades originales, donde gracias a un desquicio —es decir, saliéndose de los cauces normales— la conciencia se vuelve a sí misma y hacia las otras conciencias para reconocerse como subjetividad, como una interioridad autónoma, suficiente⁽⁵⁸⁾.

Esta toma de conciencia se ha producido en cada pueblo que ha cumplido alguna función en la historia universal: Grecia tuvo su siglo de Pericles, Roma la de sus Césares, Israel la de sus profetas, Europa su siglo XIII, España su siglo de oro, Alemania fue despertada por la generación hegeliana⁽⁵⁹⁾. Y bien, creemos que América Latina le toca en nuestro tiempo liberarse de la enajenación, de la alienación en la que se encuentra postrada tanto como civilización que como cultura.

2. AUTOCONCIENCIA LATINOAMERICANA

Creemos que ha habido en América hispánica tres momentos —y por lo tanto tres generaciones, porque la toma de conciencia colectiva e histórica determina una "generación" simultáneamente—, tres edades decisivas de su historia, en los que la *modernidad*, invasora se ha opuesto a una *tradicionalidad* bien instalada. La primera, fue la de la invasión colonizadora, bajo el temple del conquistador guerrero

y el heroico misionero (época finalizada aproximadamente en 1550), que configuran después la sociedad colonial y la cristiandad américo-hispánica. La segunda, fue la generación criolla que comenzando por ser conservadora e hispánica —desde 1808—, rompió con su pasado en torno al 1850-1870, adoptando la cosmovisión liberal y positivista. Destruyendo las instituciones coloniales, esta generación abrió América hispánica y constituyó las naciones latinoamericanas, por medio de las técnicas que lentamente fue introduciendo.

La tercera época la estamos viviendo, y significa el nacimiento de la conciencia popular, de las revoluciones en la línea de la socialización, superando las posiciones tradicionales —conservadores y liberales—, y los estrechos nacionalismos, para entrar a jugar en el plano de la integración latinoamericana y mundial.

Cada momento anterior ha tenido su época de entusiasmo y expansión, y después su decadencia y hermetismo. Lo que Ortega denomina la *tibetización*.

Lo cierto es que el estancamiento de las fuerzas tradicionales, y las dictaduras, han permitido tomar conciencia de su misión a una nueva *generación latinoamericana* —y entre ellos, especialmente, una nueva generación cristiana (la primera generación cristiana constituida por laicos y con ciertos lazos de unión latinoamericana). Será muy difícil actuar en América Latina sin tener en cuenta la autoconciencia latinoamericana de estas juventudes.

3. CONCIENCIA Y AUTOCONCIENCIA CRISTIANA

El cristianismo, es bien sabido, es mucho más que una cosmovisión o una moral. Ante todo es una relación intersubjetiva, interpersonal. El objeto propio, el constituyente esencial del cristianismo, no es una idea, una ideología, ni una moral, sino una *Persona*. En último término no es sino una relación en-

tre las personas creadas e históricas en tanto participan existencialmente de la misma Interpersonalidad divina. Por ello el cristianismo compromete toda la persona, a un nivel concreto, absoluto, radical.

Por cuanto compromete toda persona, el cristianismo *tiene* una cosmovisión, una moral —el marxismo, en cambio, es una ideología y una moral, un sistema de donde se origina el partido y un tipo de sociedad.

El cristianismo, no como esencia sino como su elemento intencional tiene una cosmovisión, un modo de ver, de juzgar, de obrar en el mundo natural, profano. Si la visión cristiana del hombre, de la historia y el cosmos no tuviera ninguna incidencia en lo real temporal, el cristianismo sería un supernaturalismo inútil —y quizá aún “el opio del pueblo”⁽⁶⁰⁾ —, tal es, al fin la posición nestoriana⁽⁶¹⁾ que defendía en Jesucristo la existencia de dos personas (separando radicalmente lo sobrenatural de lo natural). Podría caerse en otro extremo —el de los monofisitas, que pretendían la existencia en Jesucristo de una sola naturaleza—, el de la identidad del cristianismo con un sistema político, económico o social (los sistemas de *cristiandad*).

La conciencia cristiana debe situarse entonces claramente entre ambos extremos: la existencia, el compromiso cristiano no puede ser sino temporal, político, sindical, histórico, y sin embargo lo trasciende, es decir, nunca será esclavizado, ligado por un sistema, cosmovisión o postura determinada.

Son justamente los profetas (*pro-femí*= el que habla *ante o contra*) los que saben tomar distancia, depurarse de la mera cosidad de la cotidianidad, tomar auto-conciencia cristiana de los acontecimientos y juzgarlos a la luz de la Fe —en toda su heroica y trascendente exigencia—. Un Bartolomé de Las Casas, un Pedro Claver, un Padre Hurtado en Chile son esos profetas que anuncian las exigencias cristianas, por muy duras que sean, a las conciencias adormecidas de su tiempo.

4. AUTOCONCIENCIA CRISTIANA DE LATINOAMÉRICA

Veamos rápidamente, partiendo de los niveles analizados arriba, una indicación posible para una reflexión sobre la conciencia cristiana en nuestro continente.

a) Autoconciencia cristiana y civilización latinoamericana

En primer lugar, el cristiano consciente de las exigencias de su fe, debe enfrentarse resueltamente ante la estructura actual del sistema civilizador de nuestras naciones. Ante estas estructuras solo cabe una postura de reforma —o de revolución— a fin de permitir a la gran mayoría de nuestros pueblos, urbanos y rurales, las masas proletaria y del campesinado, beneficiar de los frutos de la civilización técnica, mundial y contemporánea. Pero el sistema de la civilización latinoamericana (agricultura, industrialización, infraestructuras, urbanización, etc.) está perfectamente trabado en un círculo vicioso. Los beneficiarios de este sistema son aquellos que poseen la clave del ciclo, y éstos son: las oligarquías criollas capitalistas y burguesas, y los capitales extranjeros —evidentemente norteamericanos.

Nuestra civilización latinoamericana no sólo ha dejado de crecer, sino que decrece, aumentando sin embargo el número de sus habitantes —que en vez de ser sus beneficiarios son sus prisioneros—. Los útiles, los instrumentos de civilización que el hombre ha inventado, acumulado, transmitido, reproducido se transforma en un medio de alienación, de deshumanización de la gran mayoría.

La conciencia cristiana, autoconciencia de la historia, no puede sino armarse de la palabra y la acción, y promover así una auténtica reforma —y revolución si fuera necesario— en consonancia con sus postulados: la suma libertad del hombre ante los

útiles inventados para el uso y no para la mutua explotación, ya que en los “casos de necesidad todo es común”⁽⁶²⁾; el respeto supremo a la dignidad humana de los que sufren un sistema civilizador injusto —los campesinos, muchas masas urbanas, los indios, etc.— o la dictadura.

b) Autoconciencia cristiana y "ethos" latinoamericano

En el nivel más profundo, pero totalmente solidario del primero —por cuanto el sistema de civilización condiciona y es condicionado por el estilo propio de un pueblo—, la autoconciencia cristiana se enfrenta con un *ethos* social profundamente establecido y difícil de discernir en Latinoamérica. Así como en el plano de la civilización es necesario realizar una revolución en la línea de la socialización, así aquí será necesario igualmente una reforma para modificar el *ethos burgués* descubriendo las modalidades existenciales de un nuevo humanismo. La burguesía es un grupo, entre tantos, pero el más influyente, de nuestra sociedad latinoamericana. Posee el espíritu del capitalismo mundial en ese tan propio estilo de apropiación privada, egoísmo familiar, ascetismo en el trabajo, culto a la personalidad y al desarrollo de las cualidades de cada individuo, respeto por los que han alcanzado su misma clase, etc. —evidentemente, todos estos factores no son negativos, pero pueden transformarse en un momento de la evolución de un pueblo, en trabas muy importantes para una etapa superior del progreso⁽⁶³⁾.

Junto al *ethos burgués* —*del homo homini lupus*— coexiste un *ethos pre-histórico*. La resignación pasiva del súbdito —y aún del esclavo— del Imperio Inca o Azteca, de la mujer del indio, de los vencidos, de los pueblos secundarios. Resignación pasiva ante el destino, tradicionalismo mítico y cuasi-religioso de nuestros campos —que nada tiene que ver con el profetismo y la responsabilidad histórica de la conciencia judeo-cristiana.

Por último, la indolencia propia del hombre que tiene lo absolutamente necesario y que permanece en su estado recibido sin creatividad. Rápidamente se transforma en indiferencia y hasta irresponsabilidad social. “No interesa destruir esto o aquello, paga el Estado” —dicho y redicho tan latinoamericano.

Ante el egoísmo, la pasividad, la resignación, la indolencia, la indiferencia, la irresponsabilidad, el individualismo, el miedo a expresar su propio pensamiento, debe levantarse *un nuevo humanismo* —y en ello la autoconciencia cristiana tiene un gran papel a cumplir— de la solidaridad social, *de amor al prójimo* y en especial a los más necesitados de la pobreza voluntaria de la burguesía. Una esperanza contra toda desesperanza, un entusiasmo contra todo infortunio, una rebeldía contra todo falso conformismo, una vehemencia por la justicia contra todo egoísmo, un comunitarismo contra el pseudo individualismo, un personalismo que respete la dignidad y trascendencia de cada interioridad humana.

c) *Autoconciencia cristiana y núcleo ético-mítico*⁽⁶⁴⁾

Ante los últimos valores que justifican los comportamientos de un grupo, la conciencia cristiana adulta se enfrenta ante una problemática más compleja que ante la mera civilización. En los tiempos de las *cristiandades* —sea la *Nueva cristiandad colonial americana* o la europea medieval— los valores de la civilización se confundían con los valores cristianos. En esos tiempos, los valores religiosos del Islám, del confucionismo o el vedanta poseían los límites geográficos de sus respectivos Imperios, naciones o reinos. La civilización se unificaba con la religión, y esta era el fundamento de todo valor. En nuestro tiempo —y gracias a la autonomía de lo temporal, consecuencia necesaria y exclusiva del Cristianismo⁽⁶⁵⁾— la masa se autonomiza y va tomando progresivamente un mayor poder de elección. La masa de nuestra civilización contemporánea y mundial —no

solo las oligarquías—, por medio de la información, el transporte, la movilidad, etc., conoce suficientes posibilidades para elegir personalmente (dentro del margen que la propaganda y el mecanismo colectivo le permite). Desde ese momento, diferentes cosmovisiones son preferidas por diversos grupos, y la civilización no es ya monolítica, unitaria: la civilización no coincide con un núcleo ético-mítico que es al mismo tiempo una religión —o al menos el foco intencional central de la religión—. ¡Estamos en una civilización *pluralista y profana*, autoconciente de su libertad!

En el Imperio Romano, el cristianismo vivió dentro de un mundo que poseía un pluralismo relativo ⁽⁶⁶⁾, y fue en ese mundo donde no solo nació, sino donde creció y descubrió su templo propio y universal. El Imperio *mediterráneo* se ha dilatado y es hoy una civilización *universal*, y en esa civilización es necesario saber valorar todo lo positivo —tal como los primeros cristianos supieron ser romanos y apreciar lo que esto significaba, teniendo conciencia sin embargo que era necesario trascenderlo. Ante los últimos valores, ante los fundamentos de nuestra civilización latinoamericana, la conciencia cristiana debe saber sentirse solidaria de la primera generación de cristianos misioneros que supieron distinguir entre civilización hispana y religión cristiana, sintiéndose indio con los indios aunque hubiera que luchar contra gobernadores y virreyes. Como un Bernardino Saha-gún o un José Acosta se debe hoy analizar esos valores positivos de nuestro pueblo para saber mostrar como el sentido de la evolución atraviesa el mundo en un anhelo escatológico —Teilhard de Chardin, diría “crístico”.

La historia latinoamericana no la escribirá existencialmente un grupo —ni siquiera el de los cristianos—, sino todos los latinoamericanos. En la medida en que la conciencia cristiana sepa asumir todos los valores positivos podrá cumplir su misión en nuestro continente.

d) Autoconciencia cristiana y grupos sociales

Es evidente que una revolución en el nivel de la civilización, una reforma contra el *ethos* social burgués, y la instauración de una comunidad pluralista —de derecho— no puede realizarse sin tener bien en cuenta cuáles grupos sociales deben cumplir dicha tarea. La conciencia cristiana debe saber comprender la evolución de nuestra vida social. En la cristiandad colonial, la Iglesia —por sus Obispos nombrados por el Rey, por las Ordenes religiosas verdaderos poderes espirituales y temporales en España, Portugal y América— significaba una clase social dirigente, aristocracia cultural, y aún económica. Por el contrario, en el siglo XIX, la progresiva secularización, la universalización anti-inquisitorial, el parcelamiento nacional, las guerras fratricidas, la expulsión de Obispos, la desorganización de los centros de enseñanza la pérdida de bibliotecas, sumió a la Iglesia a un grado de postración indescriptible. Perseguida hábilmente por liberales, positivistas y laicistas terminó por comprometerse con ellos —sobre todo en tanto clase más que en tanto ideología—, es decir, se tornó burguesía; en algunos de nuestros países conservó sin embargo su preponderancia ininterrumpidamente desde la época colonial.

Ante esta situación —bien que con numerosas excepciones—, ante una reforma o revolución de estructuras en vistas a una socialización creciente para bienestar de las clases proletarias, campesinas y medias, permanecer sólidamente comprometido a la clase o grupo propietario, terrateniente, oligárquico, aristocrático o burgués es simplemente constituirse en un “marginal histórico”.

Muy por el contrario, la nueva generación comprende la importancia de un compromiso con la masa. El nacimiento de movimientos sindicales obreros, universitarios, la conciencia política creciente, la organización de ciertos grupos de intelectuales, muestra que la conciencia cristiana descubre poco a poco

el modo de situarse de manera original y adecuada en el ritmo de la evolución y desarrollo necesario e integral.

Es ante todo junto a la masa de trabajadores industriales, de naciente proletariado, junto a los numerosos y misérrimos campesinos de nuestros campos, junto a los dirigentes universitarios y profesores, junto a los políticos de avanzada social, junto a los núcleos de población de las grandes ciudades donde se juega el destino de Latinoamérica. ¡La conciencia cristiana cumplirá allí su función o no cumplirá ninguna!

5. HACIA UN NEO-HUMANISMO LATINOAMERICANO

Unos meses antes de su muerte, Teilhard de Chardin escribía a Claude Cuénot a propósito de un trabajo que pretendía escribir sobre *Humanismo y humanismo*:

“Un neo-humanismo evolutivo (es necesario), dominado por la convicción que existe un *Ultra-humano*... El Humanismo del Cosmos, antiguo y sin valor está en vías de ser reemplazado por un Humanismo de Cosmo-génesis”.⁽⁶⁷⁾

Y en su obra célebre *El Medio Divino* escribía

“Hay un medio de conciliar, después de nutrir uno por el otro, el amor de Dios y el sano amor de Mundo, el esfuerzo de trascender y el esfuerzo de desarrollar”.⁽⁶⁸⁾

Estas dos tendencias están inscriptas en el corazón mismo de nuestra civilización y cultura latinoamericana del Humanismo que pretenda significar el fundamento antropológico y activo de su nueva “constitución.”

El momento de la América indiana se opone dialécticamente a la época hispana de América; ésta por su parte al proceso técnico del positivismo liberal;

y éste se opone nuevamente al nacimiento de una conciencia de socialización de las masas campesinas y proletarias —que significan el segundo momento necesario emprendido por la tecnificación positivista. La visión y praxis —esto es un Humanismo— que pueda dar cuenta de la aspiración profunda y latente es aquel que asuma como propio los valores del mundo en desarrollo —técnico, proletario, campesino— pero que los trascienda permitiendo abrir la persona humana al universalismo y a la convergencia en el Hiper-personal, donde encuentre un centro definitivo de permanencia y unidad. Esto es necesario, porque “en el interior de la Historia, el hombre se encuentra referido, siempre, en realidad, objetivamente, a situaciones concretas, que no pueden, en cuanto tales, permitirle actualizar la totalidad de su ser. Si no existe un fin de la Historia, no hay tampoco una realidad positiva que corresponda a la amplitud del ser humano y que le conferirá su realidad efectiva”⁽⁶⁹⁾.

Ese humanismo, evolutivo, totalmente humano y sin embargo abierto a la trascendencia —por una exigencia histórica latinoamericana y natural del hombre en general—, es el único, a nuestro criterio que puede cumplir con los valores positivos que se proponen otros humanismos parciales, reducidos o unilaterales:

“La comunidad (*Gesellschaft*) es la perfecta unidad esencial del hombre con la naturaleza, la verdadera resurrección de la naturaleza, el acabamiento naturalista del hombre y el acabamiento humanista de la naturaleza”⁽⁷⁰⁾.

Esta posición, que llamaríamos el “humanismo cerrado” a lo meramente humano, es asumido por otra actitud:

“Se instaura una dialéctica entre dos trascendencias. En primer lugar, *el hombre es trascendencia*, en el sentido que constituye una historia sin fin, que por su parte es búsqueda y suspenso ante la totalidad. Esta primera trascendencia es ella misma mediación de otra trascendencia, que es el pasaje *hacia “un*

más allá” de lo humano: haciéndose en la historia comprendiendo esta historia, el ser humano comprende igualmente que él mismo es también apertura infinita y que no puede realizarse y efectuarse sino refiriéndose a una realidad trascendente, trans-histórica”⁽⁷¹⁾.

Una conciencia cristiana se expresa como lo hace el antes nombrado paleontólogo:

“No existe Progreso en la Tierra sin primado y triunfo de lo Personal en la cima del Espíritu. Si consideramos la actualidad, en toda la superficie de la noosfera, el cristianismo representa la única corriente del pensamiento lo bastante audaz y progresista para saber abarcar práctica y eficazmente el mundo en un gesto perfecto, e indefinidamente perfectible. Solo, absolutamente solo sobre la Tierra moderna, muestra su capacidad de sintetizar en un solo acto vital la Totalidad y la Persona... Es el eje principal de la Evolución.

a) Considerado objetivamente, a título de fenómeno, el movimiento cristiano, por su enraizamiento en el pasado, y por sus desarrollos incesantes, presenta los caracteres de un *phylum*.

b) Ubicado en la evolución, que debe ser considerada como un ascenso de la conciencia, este *phylum*, por su orientación hacia una síntesis fundada en el amor, progresa exactamente en la dirección presumida por la flecha de la biogénesis.

c) En el elán que guía y sostiene su marcha hacia adelante, esta flecha que sube implica esencialmente *la conciencia de encontrarse en relación actual* con el polo espiritual y trascendente de convergencia universal ¿No es acaso el fenómeno cristiano, que surge del corazón del fenómeno social justamente ese *phylum*...?⁽⁷²⁾.

Esto no quiere decir que sea el cristianismo la única posición que unificaría el pasado y futuro latinoamericano. Mas bien habría que decir que sería un humanismo falto de su columna vertebral aquel que

pretendiera imponerse en latinoamérica sin poseer, junto a otros, los valores contenidos en la tradición judeo-cristiana, que expresa en nuestro continente, lo mejor: la actitud de un humanismo trascendente.

El humanismo que pareciera vislumbrarse —y que deberemos analizar— poseerá al mismo tiempo los valores de un *personalismo* —que superará el mero liberalismo burgués, con su individualismo y egoísmo propio, para descubrir una nueva relación de hombre a hombre, y sobre todo de hombre opuesto a los instrumentos y la naturaleza, es decir, una nueva relación de hombre y trabajo⁽⁷³⁾. Un humanismo en la línea de la *socialización y planificación* —que no pretendiendo ni la dictadura del proletariado ni la sociedad comunista permita que la solidaridad social prime sobre todo tipo de propiedad privada—. Un humanismo que instaure una *comunidad pluralista* —oponiéndose al integrismo de una Cristiandad monolítica e intolerante o a una Nueva Cristiandad equívoca, pero igualmente a toda dictadura, totalitarismo, fachismo de extrema derecha—. Un *humanismo latinoamericano* que por su historia, su civilización, su *ethos* propio, por las necesidades del subdesarrollo que le son propias, va tomando y configurando su personalidad ante la América anglosajona, la Europa trans-atlántica, el Mundo árabe, el África negra, las Repúblicas socialistas de tipo comunista, el Asia post-confuciana, post-budista, la India.

Si América Latina no sabe asumir los términos aparentemente contradictorios de una dialéctica propia, superándolos en una unidad superior, permanecerá a la deriva, siendo una cultura marginal, una civilización colonial y estancada, un pueblo sin personalidad.

CONCLUSIÓN

Nuestro llamado se dirige especialmente a esta nueva generación latinoamericana que ha luchado contra las tiranías, contra el imperialismo, contra el

conformismo, contra las posiciones tradicionales que no responden ya a las exigencias de nuestro tiempo.

A ella le pedimos, ante todo, tomar un tiempo suficientemente largo de *formación y reflexión*. Sólo con la distancia y la separación que da el estudio la meditación, el silencio, nos permitirá atacar los males con plena autoconciencia. Porque como es necesario ir contra la corriente, debemos primeramente ver su curso y saber contemplarlo objetivamente. Cada uno en su campo específico, sea técnico, científico, humanista o teólogo.

En un segundo momento, es necesario que cada uno en su campo *se comprometa* en la acción. No queremos decir, que sea necesario hacer política, ni mucho menos. Es necesario, en cambio, tomar alguna responsabilidad social, sindical, educacional, municipal, comunitaria, religiosa, económica, en donde aportemos un espíritu nuevo, un nuevo humanismo.

Será necesario el diálogo y la comprensión entre las fuerzas vivas, y entre los grupos más conscientes de dichas fuerzas. *La construcción de América Latina no es obra de algunos sino de todos.*

Será necesario igualmente fijar una prioridad de objetivos. Los valores comunes y necesarios deben ser respetados en primer lugar: *la justicia social* que permitirá a los más pobres adquirir una cultura humana y un nivel de vida suficiente. Para ello habrá que cambiar muchas estructuras. Debemos oponernos a los que viven sobre dichas estructuras y pretenden eternizarlas.

Las nuevas generaciones cristianas latinoamericanas, tomando conciencia de todas estas situaciones, podrán ser un elemento motor de primera importancia en el desarrollo de nuestro continente (*).

(*)Esta conferencia dictada en 1964 hacía suponer lo que hoy se ha transformado en una realidad, pero, como toda realidad histórica, es una realidad equívoca.